

doce millas, que, de otra manera, hubieran tenido para su consideración únicamente la propuesta de seis millas.

En cuanto a la posición de Estados Unidos, la Gran Bretaña y Canadá, cabe señalar que no cedieron en lo que consideraban ya como una concesión, es decir, el límite de seis millas para el mar territorial que se fijaba en la propuesta conjunta que sometieron a la Conferencia. Afortunadamente, las delegaciones partidarias del límite de doce millas, pudieron lograr, aun cuando fuese por el escaso margen de un voto, que no se adoptara esa propuesta, pues, como lo previó con todo acierto el señor García Robles en su obra, eso hubiera representado, "...en el fondo una victoria pírrica, que lejos de significar un progreso en la codificación del derecho del mar, vendría a redundar en serio perjuicio de las convenciones ya aprobadas en Ginebra..." (p. 138).

## AURORA NACIONALISTA Y OCASO IMPERIAL

FRANCISCO CUEVAS CANCINO,  
*del Servicio Exterior Mexicano*

A todas luces evidente es el tiempo de crisis en que vivimos, crisis que no se limita a la oposición entre regímenes liberales y comunistas. Va mucho más al fondo de la historia: lo que presenciamos es el ocaso de la civilización occidental, que previera Spengler. Toca a su fin el período de manifiesta y omnipresente superioridad que los pueblos indo-europeos ejercieron en los asuntos del orbe desde el descubrimiento y conquista de América.

Vastísimo es el telar, y las oportunidades para hacer una obra trascendente, evidentes y notables; los esfuerzos por intentarla, numerosos. Pues bien, entre éstos hallamos el volumen que publica el profesor Emerson,\* y que, según su propia admisión, busca, asimismo, una "unificación de grandes proporciones" (Prefacio).

\* EMERSON, Rupert: *From Empire to Nation. The Rise of Selfassertion of Asian and African Peoples*. Cambridge: Harvard University Press, 1960.

La calidad del tema nos hace esperar mucho; no menos que el volumen sea publicado por la Universidad de Harvard; que la Fundación Guggenheim contribuyera con una de sus becas para permitir la investigación; la Fundación Ford a la edición del volumen. Mas la lectura del libro constituye una gran desilusión.

Para encarar adecuadamente fenómenos tan trascendentes, el observador precisa despojarse de su bagaje de valores occidentales, agresivamente occidentales. No parece que nuestro autor se haya percatado de esta necesidad. Una y otra vez encontramos aserciones que nos revelan lo limitado de su punto de vista. Parecería —de tomar en su plenitud la afirmación de la página 288— que ha penetrado bien la esencia del problema. Nos dice que atestiguamos el fracaso de una serie de injertos políticos poco felices, dado el carácter e historia de los pueblos injertados; pero antes y después, nos demuestra que no hubo tal comprensión. Aquí (p. 238) nos hace una infeliz comparación entre la mayor democracia que existe entre los pueblos sometidos aún al régimen colonial y la existente en pueblos no europeos que alcanzaron su independencia de tiempo atrás; allá (p. 369), realza los múltiples obstáculos que existen para que los nuevos pueblos africanos y asiáticos puedan adaptarse “dentro de un mundo moderno de estilo occidental”.

Y es que Emerson no llega a compenetrarse bien de la naturaleza del fenómeno que observa. Presencia la desoccidentalización del mundo; pero sus presupuestos mentales le impiden observarla. Si hasta ahora los pueblos se dividían en civilizados y no civilizados, y la diferencia residía en su occidentalización, precisa ahora reconocer a todos como civilizados, pero a su modo. El patrón es diverso; y el complejo de superioridad que heredamos de los griegos, quienes, como se recordará, diferenciaban a los helenos de esos bárbaros que no hablaban su exquisita lengua, carece hoy de sentido. Emerson aplica en su juicio conceptos caducos. La segunda parte de su obra estudia la nación. No se encontrará ningún concepto novedoso. Lo dieciochesco de su aproximación satisfacía sin duda a Vattel; pero desearíamos encontrar una búsqueda de esos nuevos conceptos políticos que seguramente nacen. ¿Tendrán las nuevas naciones que florecen en Asia y África una misma base de sustentación que las occidentales? ¿Se asemejarán, en sus fundamentos, como cuerpos políticos, a los nacidos de la Edad Media y de la Reforma? La suprema importancia de la raza —pues han sido víctimas del colonialismo europeo— ¿proporcionará otros cimientos a estos cuerpos políticos? La preponderante querencia a indus-

trializarse, a cualquier costo, ¿afectará el movimiento nacional de estos pueblos? Las creencias religiosas, debilitadas en gran medida por la introducción del cristianismo, a guisa de religión universal, ¿servirán para la elaboración de las nuevas naciones? El choque entre lo tradicional (que en muchas ocasiones parece una urgencia a defender lo religioso), ¿producirá nuevos resultados al conjugarse con los problemas de las naciones recién independizadas? Y por último, los efectos de la lucha —herética en cuanto se cifra sobre presupuestos occidentales— entre capitalismo y comunismo, ¿qué resultados tendrá a la larga para estos nuevos pueblos?

No sería debido afirmar que el autor ignora todas estas cuestiones; pero no honraríamos a la verdad si no dijésemos que todas ellas las trata de modo asaz superficial. Una y otra vez vemos que apenas las menciona; otras, establece conclusiones que pecan de simplistas; otras, en fin, se escuda en corolarios que sólo serían aceptables de fundarse en esos presupuestos occidentales cuya decadencia es la que, precisamente, presenciamos.

Volvamos por un momento al concepto de democracia. En uno de sus capítulos (el XV), Emerson estudia lo que llama la "Erosión de la democracia en los nuevos estados". Este título precisa bien nuestra crítica: hay erosión si se parte de un presupuesto, de un patrón por todos admitido; pero cabalmente es lo que hoy falta. Si juzgásemos la democracia occidental desde los presupuestos griegos o romanos, podríamos también hablar de erosión, de declive. Y lo que Emerson parece no querer comprender es que son esos conceptos los que ya no se admiten como universalmente válidos.

El concepto de la democracia se presta mucho a un análisis novedoso y de fondo. Ahora sabemos que las instituciones que el pueblo norteamericano ha desarrollado le son particularmente aptas; pero sabemos también que no son aplicables a otros pueblos de diferente textura histórica. Hace algunos años el hoy presidente de Colombia, don Alberto Lleras Camargo, hacía ver la ineficacia del sistema bi-partidario en su país; su juicio quedó comprobado por la sangrienta guerra civil que sufrió Colombia. Y como éste, podríamos mencionar muchos ejemplos; entre otros, la inconveniencia de una oposición firme en un país insuficientemente solidificado.

Lo que las naciones cristiano-occidentales entienden por democracia es una cosa. Aun entre ellas la concepción varía. Pero todo autor que se preocupa por la trascendencia que tiene el nacimiento de estas naciones, debería estudiar las diferentes connotaciones que el vocablo recibe y recibirá. Latino-

américa ofrece ya un abundante campo de precedentes; otro tanto puede decirse de Asia; y los países del África van, apenas, a la zaga. Nada de esto preocupa a Emerson. Y el lector termina la lectura de las partes II y III del volumen con una patente sensación de desencanto.

Mejor estudiada está —sin obviar la crítica de la superficialidad— la parte histórica. Las citas y los párrafos que dedica a la formación de Paquistán, al independizarse el subcontinente indio, son de interés: en particular para estudiosos de la política que parten del presupuesto de que fue la turbia ambición inglesa la que produjo la partición; que echan en saco roto ochocientos años de historia y que ignoran el temor de los musulmanes de convertirse en una minoría inerme ante la mayoría hindú; que ni siquiera saben que el nombre de este país fue sugerido por el gran poeta musulmán Iqbal, y que significa “la tierra de los puros en religión”.

El cambio que presencié el mundo, en cuanto a colonialismo, terminadas la Primera y la Segunda guerra mundiales, está bien descrito; pero estimo que no se le da suficiente relieve a la labor de las Naciones Unidas, que, en cuanto a auto-determinación, ha sido total. Las páginas que dedica Emerson a las labores de la Organización (301-11 y 414) se quedan en generalidades. Las labores del Consejo de Tutela se tocan muy a la ligera; las de la Cuarta Comisión de la Asamblea General, no se evalúan bien. Y es que el problema resulta difícil. Sólo los que por su propia experiencia se han percatado de lo hecho por las Naciones Unidas, pueden justipreciarlo. En apariencia, la Organización no ha hecho sino pasar resoluciones. Muchas de ellas no se han cumplido. En otros casos las potencias coloniales han mostrado una evidente falta de voluntad para cooperar con las Naciones Unidas. Pero resalta con claridad meridiana que se han constituido en la conciencia de la humanidad para la emancipación de nuevos pueblos. La Sociedad de Naciones restringió la auto-determinación a los pueblos europeos. Las Naciones Unidas han extendido sus facultades, consciente y constantemente, hasta convertirlas en el gran medio para emancipar a los pueblos sujetos al coloniaje. Baste, al canto, un ejemplo. No bien adquieren su autonomía, más que de cualquier otra relación diplomática bilateral, los pueblos recién independizados se preocupan por enviar sus representantes a las Naciones Unidas. Y por ese medio adquieren —como la India entre los independizados hace más de una década, Ghana o Guinea entre los más recientes— conciencia de su posición y seguridad en su actuación política internacional.

A más de antesala de la independencia, las Naciones Unidas constituyen el gran órgano multilateral de la diplomacia contemporánea.

Los párrafos anteriores dejan delineada nuestra actitud ante las conclusiones del autor. No creemos que la parte quinta y última de su obra —que intitula “A guiza de conclusiones”— rebase las graves limitaciones que hemos señalado. Que el nacionalismo crece en el mundo de hoy, es patente; que existen dudas sobre el camino que tomará en las nuevas naciones africanas, es igualmente claro; que hay un movimiento de “culturalismo”, opuesto al nacionalismo, tampoco se disputa. Estamos acordes, también, en que el nacionalismo no es, en sí, el arca de la alianza que los pueblos buscan. Lo que deseáramos es que se partiera de ese nacionalismo, dominante al adquirir su independencia, para elaboraciones de fondo sobre el futuro de los nuevos pueblos.

Querriamos que Emerson nos pudiera decir, después de sus muchas lecturas (pues las notas ocupan 34 páginas, aunque notamos la ausencia de una bibliografía), las conclusiones a las que ha llegado respecto al papel que la nación desempeñará en lo que resta del siglo xx. La aproximación de su obra es la de un hombre de ciencia que se ocupa de fenómenos políticos; pero en el desarrollo de su tema no se atreve a declinar las hipótesis a las que con todo derecho debería aspirar.

Quizá el que esto escribe pida demasiado; quizá deba concluirse que es fácil observar los grandes fenómenos políticos del día, aunque no lo es llegar a conclusiones universales; quizá deba concluirse que el volumen que nos presenta Emerson, en su limitado contexto, es útil.